

EL PREMIO DEL VENCEDOR,

DRAMA

EN TRES ACTOS

Y EN VERSO.

POR

D. Antonio Garcia Gutierrez.



MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1842.

Este drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real órden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, y la de 16 de abril de 1839, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

Acto primero.

PERSONAS.

DON GUTIERRE DE QUEJADA, *señor de Villa-García.*

FILIPO, *duque de Borgoña.*

EL CONDE DE SAINT-PAUL.

CLEMENCIA, *condesa de Nevers, sobrina del conde.*

BLANCA, *hermana de Clemencia.*

MICER PEDRO, *hijo bastardo de Saint-Paul.*

GIRON, *criado de don Gutierre.*

El teatro representa un salón gótico adornado con toda la rusticidad de la época. Al fondo una puerta, y otras dos laterales.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE. CLEMENCIA.

CONDE.

No hay que cansaros, sobrina:
la postrera voluntad
de vuestro padre...

CLEMENCIA.

No ignoro
cuánto debo respetar
su mandato, ni yo quiero
quebrantarle: mas dejad
al tiempo que haga en mi pecho
lo que el amor no podrá.

:

Ya lo sabeis, señor tío,
 yo soy de carne mortal
 como todas: como todas
 alma tengo y voluntad.
 Soy sensible... yo á lo menos
 lo creo: por lo demas
 para el amor es mi pecho
 mas duro que el pedernal.
 Con el tiempo y la costumbre,
 si Dios lo quiere, quizás
 venceré la repugnancia...

CONDE.

No es posible dilatar
 esta union: Pedro te adora,
 es buen soldado, es galan,
 y á sus defectos, casada
 te puedes acostumbrar.
 El duque Filipo quiere
 ser vuestro padrino, y tal
 honra...

CLEMENCIA.

Yo soy venturosa
 en merecerla. (¡Qué afan!)
 Mas ya que obstinado y ciego
 en vencerme persistais,
 no el cobre vendais por oro
 á quien conoce el metal.
 Pedro...

CONDE.

Ya sé que aborreces
 hasta su nombre.

CLEMENCIA.

No tal.

Ya sé que es honrado: es hijo
 vuestro, y por lo tanto está
 probada en él la nobleza;
 pero galan, perdonad...

CONDE.

¡Clemencia!

CLEMENCIA.

Su valor, nadie
 en Francia lo osa dudar.

CONDE.

En Francia, en el mundo entero.
Jerusalén lo dirá,
y lo dirán los combates
del Líbano y el Jordán.
Si en el amor de su gloria
no te sientes abrasar,
ó no hay en tí sangre noble,
ó degenerado habrá.

CLEMENCIA.

¿Y qué me importa que sepa
domar á su voluntad
mil mundos, si no ha podido
mi corazón conquistar?
Que sepa vencer al oso,
que en su sed torpe y voraz
de sangre, tras ella corra
con obstinación fatal,
¿qué me importa, si no sabe
persuadir ni acariciar,
y lo que logra el rendido
quiere vencerlo el tenaz?
¡Oh! no... le daré mi mano,
seré, pues que os obstináis
en ello, su esposa; pero...
no podré amarle jamás.
Por fortuna los combates
muy presto le llamarán,
y tendré, si no caricias,
á lo menos libertad.
¿Queréis mas?

CONDE.

No, ni es posible
quererte mas racional.

CLEMENCIA.

No le aborrezco.

CONDE.

Y acaso
con el tiempo le amarás.

CLEMENCIA.

Es posible.

CONDE.

¿Partiremos
mañana?

CLEMENCIA.

Cuando querais.
Hoy mismo.

CONDE.

Verás la corte
de Filipo, que á tu edad
y en este rincon guardada
tal vez lo desearás.

CLEMENCIA.

Eso solo me consuela
de mi sacrificio.

CONDE.

¡Bá!

¿no es posible corregirte?

CLEMENCIA.

Sí, conde : por no ver mas
estos tristes paredones
de vuestra torre feudal,
por ver siquiera una sombra
de aquella felicidad
que gozan otras mugeres
y que aqui vedada está,
mi porvenir lisongero
consiento en sacrificar.

CONDE.

¡Adios! mañana partimos
á Santomer; ¿no es verdad?

CLEMENCIA.

Estoy dispuesta.

CONDE.

(¡Consiente!...
no puedo exigirla mas.)

ESCENA II.

CLEMENCIA.

¡Ver la corte! me parece
un sueño; mas... ¡cuánto va

á costarme esta ventura!...
 ¿Y qué puedo remediar?
 Al menos dilataré
 lejos de esta soledad
 el corazon alligido
 que enfermo de tedio está.
 Al menos descifraré
 este enigma singular
 que dentro del alma labra
 con obstinacion fatal.
 Sabré de mis pensamientos
 qué quieren y á dónde van;
 si mi esperanza es mentira,
 si mi ilusion es verdad.
 ¡Oh! no haga Dios que en la vida
 llegue por fin á encontrar
 realizados mis ensueños
 de ciego y febril afan.
 Fuera entonces mi desdicha
 mas cruel... Nunca, jamás
 salga del pecho oprimido
 este furioso raudal.

ESCENA III.

DICHA y BLANCA. *Sale con muestras de gozo.*

BLANCA.

¡Clemencia! ¡hermana!

CLEMENCIA.

Ya sé

la causa de tu alegría.

BLANCA.

Sí, Clemencia, al conde hallé
 y el plazo saber logré
 de tu ventura y la mia.

CLEMENCIA.

¡Contenta estás!

BLANCA.

¿Pues no quieres?
 cuando nos envidian todas,

cuando el duque...

CLEMENCIA.

Feliz eres,
Blanca, que esperas tus bodas
sin que tu desdicha esperes.
Tú que en fatal desvarío
no sueñas otra ventura,
sé dichosa.

BLANCA.

¡Qué, Dios mio!
¿acaso el conde procura
tiranizar tu alvedrío?

CLEMENCIA.

No, hermana, no; de buen grado
le dí mi consentimiento.
Ya sabes que está tratado
de entrambas el casamiento
por alta razon de estado.
¿Qué escusa podré oponer
para dejar de cumplirle
sola, débil y muger?
Preciso es obedecer,
ó cuando mas maldecirle.

BLANCA.

Algun otro amor...

CLEMENCIA.

No puedes
comprender tú mis enojos.
Otro amor...

BLANCA.

¡Me lo concedes!

CLEMENCIA.

¿Han visto nunca tus ojos
mas que estas tristes paredes?
¡Oh! pero no han conseguido
estorbar que en lo profundo
del corazon escondido
penetrar hayan podido
las esperanzas del mundo.
Presas y atadas las manos
vivimos aqui á merced
de nuestros fieros tiranos...

fueron mis esfuerzos vanos
para quebrantar mi red.
Por fin la prision oscura
abre para tí sus puertas
y las abre á tu ventura:
á mí, solo estan abiertas
para otra cárcel mas dura.

BLANCA.

¡Me aflijes!

CLEMENCIA.

Tienes razon,
hago mal.

BLANCA.

Eso no digo:
antes quiero tu afliccion
partir, y llorar contigo,
y ensanchar tu corazon.

CLEMENCIA.

Oye, Blanca, no es posible
guardar mas tiempo en el alma
este secreto terrible
de amor, que roba mi calma,
ardiente cuanto imposible.
Tal vez lo juzgues locura,
insensato devaneo
que mi pasion me procura:
tal vez ilusion impura
engendrada en mi deseo.

BLANCA.

¡Tú amor! ¿y á quién puede ser?

CLEMENCIA.

No lo sé, Blanca.

BLANCA.

Bien dices;
es locura.

CLEMENCIA.

Ya el deber
mis amores infelices
va al punto á desvanecer.

BLANCA.

No te entiendo.

CLEMENCIA.

Ya dos años
me aquejó esta llama activa
con mil dolores extraños
en perpetua alternativa
de esperanza y desengaños.
Dos años há que le ví,
y nada habrá que le borre
del corazon que le dí...

BLANCA.

¿Cómo puede ser así,
encerrada en esta torre?

CLEMENCIA.

Sin duda alguna, perdido
en los montes, divisó
este castillo escondido
un caballero, que ha sido
el que el alma me robó.

BLANCA.

¿Le viste?

CLEMENCIA.

Distintamente.

BLANCA.

¡Feliz tú!

CLEMENCIA.

Llegó al castillo,
y acercándose á la puente
tres veces llamó al rastrillo
con bizarro continente.
En vano fue demandar
del alcaide permision;
mas no le pudo estorbar
que al fin se hiciese lugar
entrando en mi corazon.
Prendada yo del donaire
del hidalgo, con enojos
que aumentaba su`desaire,
dí lágrimas á los ojos
y dí suspiros al aire.
Y con tanto extremo, y tanto
lloré y suspiré, que alzó
los ojos, llenos de encanto,

y las fuentes de mi llanto
 en mi corazón secó.
 No le debí parecer
 muy mal á lo que sospecho,
 puesto que me dió á entender
 con acciones su querer,
 puestas las manos al pecho.
 Tres meses así pasaron,
 y con amante constancia
 nuestras almas se adunaron,
 y las prisiones burlaron
 y salvaron la distancia.
 Un día... ¡en vano tendía
 á todas partes los ojos!...
 vino la noche sombría,
 y en vano aguardé otro día
 por consolar mis enojos.
 ¡No ha vuelto, Blanca! el infiel,
 después que de mi ternura
 triunfó, me olvida cruel,
 y me roba mi ventura,
 que ya no tendré sin él.

BLANCA.

Clemencia, admirada estoy
 de escucharte.

CLEMENCIA.

No conviene
 que sepan...

BLANCA.

No, por quien soy;
 y mil promesas te doy...
 Mas calla, que Pedro viene.

ESCENA IV.

DICHAS y PEDRO, *en traje de cazador.*

PEDRO.

¡Levantadas tan temprano!

CLEMENCIA.

Pedro... (*Alargándole la mano.*)

PEDRO.

¡Mi futura hermosa!
Estás como nunca bella,
¡viven los cielos!

CLEMENCIA.

¡Lisonjas!

PEDRO.

No, por mi vida; tu rostro
de vida y placer rebosa,
y realzan tus mejillas
esas frescas amapolas.

CLEMENCIA.

Satisfacciones...

PEDRO.

Sin duda
te habló padre de la boda...

CLEMENCIA.

Cierto.

PEDRO.

Y por eso estás hoy
tan animada y gozosa.

CLEMENCIA.

Sin duda; ¡qué otro motivo...
(¡Presuntuoso!)

PEDRO.

Perdona
si no sé corresponder
á tanta y tan alta gloria.
Yo no sé espresar finezas,
soy fiero como una Onza,
y el amor se está en mi pecho,
de donde salir no logra.
Y cuando quiere en palabras
revelarse, me sofoca,
y hay veces que para hablar
hasta la lengua me estorba.
Tal es mi amor, montaráz,
áspero como una roca,
pero como ella, inflexible.

CLEMENCIA.

Bien lo dice tu persona.

PEDRO.

Tú quisieras, ¿no es verdad?
algun amante de alcorza,
que con palabras de miel
te trastornara la chorla.
De esos que como mugeres
con paño y seda se adornan,
y el pelo tñdido llevan
sobre los hombres en ondas.

CLEMENCIA.

(Aparte á Blanca.)

(¡Qué bien le pinta!)

PEDRO.

Cuitados

que cual tímidas palomas
se desbandan en la corte
al resonar de la trompa.

CLEMENCIA.

¿Y quién te dice que yo
piense...

PEDRO.

Porque así sois todas.

CLEMENCIA.

Pues si es nuestro natural,
¿qué me culpas y te enojas?
A mas, ¿qué sabe del mundo
la que aquí guardada ignora
lo que es amor?...

PEDRO.

Es decir...

CLEMENCIA.

Lo que es amor en las otras.
Yo te quiero bien.

PEDRO.

No basta.

CLEMENCIA.

Te prefiero...

PEDRO.

Es poca cosa.

CLEMENCIA.

Pero...

PEDRO.

No estaré contento
si no dices que me adoras.

CLEMENCIA.

¡Válgame Dios! ¿pues me tienes
por cristiana, ó por idólatra?

PEDRO.

De otro modo, te lo advierto
por nuestro bien: estas bodas
serán tristes funerales.

CLEMENCIA.

Eso he pensado yo propia.

PEDRO.

¡Ah!

CLEMENCIA.

Mas si tú renunciáras
de buen grado...

PEDRO.

¡Yo! perdona.

CLEMENCIA.

¿Y qué hemos de hacer?

PEDRO.

Querernos
por fuerza.

CLEMENCIA.

Es horrible cosa.

PEDRO.

No tan horrible: verás,
con el tiempo, si se logra.

CLEMENCIA.

¡Y si llego á aborrecerte!

PEDRO.

¡Si lo apuras de esa forma!...

CLEMENCIA.

Para la felicidad
conyugal...

PEDRO.

Eso no obsta;
y mientras haya armonía
será nuestra union dichosa.

CLEMENCIA.

¡Armonía!

PEDRO.

Justamente;
yo te odiaré si me odias,
y si me quieres, seré
mas blando que una paloma.
Si esta no es felicidad...

(Se oye dentro ruido.)

GUTIERRE.

(Dentro.) ¡Abrid, abrid!

PEDRO.

Quién ahora
se atreve...

CLEMENCIA.

Algun caminante.

PEDRO.

¡Vive Dios!

GUTIERRE.

¿No hay quien responda?

PEDRO.

Abrid, y veamos quién es
quien tan alto fuero goza
para mandar en mi casa.

ESCENA V.

DICHOS. D. GUTIERRE Y GIRON.

PEDRO.

¡Pardiez! gallarda persona.

CLEMENCIA.

¡Qué miro! ¡Blanca!

(Habla aparte á Blanca.)

GUTIERRE.

Ella es,

Giron.

GIRON.

La hicimos redonda.
Dios quiera...

PEDRO.

¿Puedo saber
qué acaso nos proporciona
esta dicha?

GUTIERRE.

Perdonad,
si deslumbrada y absorta
la vista...

GIRON.

(¡Vamos! ¿no digo?
Ya escampa y llueven carocas.)

PEDRO.

Remitid los cumplimientos.

CLEMENCIA.

(¡Qué galan!)

PEDRO.

Esta señora
es prima mia...

GIRON.

(Eso es malo.)

(*Aparte á Gutierre.*)

PEDRO.

Y en breve será mi esposa.

GIRON.

(Eso es peor.)

GUTIERRE.

¿Qué habeis dicho?

GIRON.

(Dice que no quiere bromas.
Vámonos de aquí; ¿qué esperas?)

GUTIERRE.

Mil veces feliz quien goza
tan alta dicha.

CLEMENCIA.

(¡Antes muerta
me han de ver! ¡Blanca, estoy loca!)

PEDRO.

(Mucho la mira.) Podemos
saber...

GUTIERRE.

Sí, lo que ocasiona
mi venida.—En ese monte,
perdido, me halló la aurora,
sin encontrar un asilo
entre su aspereza tosca.
Postrado por el cansancio,

recostado en una roca,
 inútilmente una senda
 buscaba la vista ansiosa,
 cuando no lejos de mí
 en las entrañas mas hondas
 del monte, un hombre observé
 en lucha horrible y dudosa
 con una fiera. No puedo
 esplicaros de qué forma
 bajé al hondo precipicio...

PEDRO.

Y en fin...

CLEMENCIA.

¡Dios mio!

GUTIERRE.

Se logra

mi anhelo: cansado el joven
 que con arrogancia heróica
 en sus brazos oprimia
 al fiero monstruo, se postra
 vencido; pero la garra
 del oso no fué tan pronta
 como mi auxilio.

PEDRO.

Y mi hermano...

GUTIERRE.

No es la herida peligrosa.

CLEMENCIA.

¡Está herido!

GUTIERRE.

Levemente.

PEDRO.

Corro al punto.

GIRON.

(Quedan solas.)

(*Aparte á Gutierre.*)

PEDRO.

Presto vuelvo. (*Vase.*)

GIRON.

Esta aventura
 no acabará sin camorra. (*Vase.*)

ESCENA VI.

D. GUTIERRE. CLEMENCIA.

GUTIERRE.

Si á un triste le es permitido,
 despues que de vuestras rejas
 dejó el corazon prendido,
 daros escusas y quejas,
 prestadme piadoso oido.
 Fué presuncion estremada
 cuando digno me creí
 de ventura tan colmada,
 puesto que os encuentro así,
 en vísperas de casada.

Y pues se ha llevado el viento
 mis esperanzas risueñas,
 de vuestra vista me ausento
 con el severo escarmiento,
 de no amar nunca por señas.

CLEMENCIA.

¡Os vais! ¡tened! si sabéis
 con qué estremado delirio
 os quise ¿qué pretendéis
 ya de mí, si no quereis
 hacer mayor mi martirio?
 Sin amor y por violencia
 mi triste boda apresuran
 parentesco y conveniencia;
 pero ya, en vano procuran
 que ceda mi resistencia.

GUTIERRE.

¡Oh, bien decís!

CLEMENCIA.

Pero ahora
 oidme: el puro arrebol
 que nuestra casa atesora,
 no puede unirse...

GUTIERRE.

¡Señora!
 soy un hidalgo español.

No hay casa tan encumbrada
 en Jaen como la mia,
 y porque no dudeis nada,
 soy Gutierre de Quejada,
 señor de Villa-Garcia.

CLEMENCIA.

Pues si vuestro amor alcanza
 el necesario valor
 que os da vuestra remembranza,
 servidme con esperanza...

GUTIERRE.

Os serviré con amor.

CLEMENCIA.

Pero ante todo es preciso
 romper el tirano lazo...

GUTIERRE.

No me hallareis indeciso;
 hablad, pronto á un aviso
 teneis mi vida y mi brazo.

CLEMENCIA.

En buen hora. D. Gutierre,
 si resolucion no os falta...

GUTIERRE.

No temais mientras se encierre
 aqui el honor que le esmalta,
 que por cobarde lo yerre.
 Hablad, pues, y aunque jactancia
 os pareciere, española,
 alzaré una empresa en Francia,
 y vereis que la arrogancia
 no está en nuestros pechos sola:
 sepa yo vuestros deseos
 y participe mi fé
 de vuestros altos empleos,
 en combates y en torneos
 por reina os coronaré.
 Y haré por vuestro decoro
 que confiesen con temor,
 frances, español ó moro,
 que no hay belleza mayor
 que la belleza que adoro.

CLEMENCIA.

No tal... (de oírle me encanto.)
Esas fieras aventuras
causan á mi pecho espanto,
ni vos necesitais tanto
para rendir hermosuras.
Mas vence á mi corazon
vuestra cortés condicion
que vuestra temible lanza.
El amor solo se alcanza
con dulzura y persuasion.

GUTIERRE.

Mas ese obstáculo...

CLEMENCIA.

Id

á la corte de Filipo.

GUTIERRE.

¿Pues cómo?...

CLEMENCIA.

Hoy mismo partid,
que allá voy yo.

GUTIERRE.

Mas decid...

¿por qué causa me anticipo?
No podré en tanto gozar
en veros?...

CLEMENCIA.

No; si llegaran
nuestro cariño á notar
mis proyectos estorbaran.

GUTIERRE.

Pero asi no he de marchar.
Ya que al placer soberano
de veros renuncie asi,
dadme un favor... una mano.

CLEMENCIA.

Favores pedís temprano...
mas no os quejareis de mí.
Tomad... mas no la apreteis...
¿tambien besarla? eso no...

GUTIERRE.

¿Sereis tan cruel?...

CLEMENCIA.

¿Sereis
inconstante?

GUTIERRE.

¿Con vos yo?

CLEMENCIA.

Besadla, ¿qué os deteneis?

ESCENA VII.

DICHOS. PEDRO y EL CONDE.

(Al entrar han visto los dos á D. Gutierre en el momento de tener hincada una rodilla en tierra y besa la mano á Clemencia.)

CLEMENCIA.

¡Ah!

CONDE.

¡Qué miro!

PEDRO.

(Ellos á solas...)

CONDE.

Caballero, ¿es ese honor?

GUTIERRE.

¿Qué decís? estas, señor,
son costumbres españolas.
Y no puede estaros mal
que de admirado y cortés
me haya arrojado á sus pies
con impulso natural.

CONDE.

Son costumbres estremadas,
mas procurad, pues venís
á muy contrario pais,
dejarlas allá olvidadas.
Que aqui, por vuestra mancilla,
puede creeros ó no,
quien no sepa como yo
las costumbres de Castilla.

(Vase con Clemencia.)

ESCENA VIII.

D. GUTIERRE. PEDRO Y GIRON.

PEDRO.

Y yo mas interesado,
 para que esteis en lo cierto,
 desde este dia os advierto
 que soy frances y soldado.
 Y que un grande error le engaña
 si piensa tener lugar
 ni licencia, para usar
 galanterías de España.

ESCENA IX.

D. GUTIERRE. GIRON.

GIRON.

¿Nos volvemos?

GUTIERRE.

No, aunque pierda
 desde hoy mas mis esperanzas,
 mediremos nuestras lanzas
 ya que el frances me lo acuerda.

GIRON.

Mira...

GUTIERRE.

Prevenidos ten
 los caballos, que hoy marchamos.

GIRON.

¿Que al fin quimera encontramos?
 Miren si dije yo bien.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

Salon del palacio del duque de Borgoña, en Santomer. Galeria en el fondo y puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE y PEDRO.

CONDE.

¿Que al caballero español
has visto?

PEDRO.

Nos aguardaba
en Santomer. No dudeis
de que Clemencia le ama.

CONDE.

Eso no es posible.

PEDRO.

Plegue
á Dios, mas si necio osara
poner sus ojos en ella
el hidalgüelo de España,
vive el cielo...

CONDE.

No te irrite
presuncion tan infundada.
El caballero, sin duda
hácia aqui se encaminaba
cuando la casualidad
le llevó á nuestras montañas.

PEDRO.

Y á nuestra torre.

CONDE.

Y bien, qué...

PEDRO.

Vió á Clemencia.

CONDE.

Fue desgracia ;
pero...

PEDRO.

Los hallamos luego
en dulce , amorosa plática.

CONDE.

Eso no sé.

PEDRO.

Por lo menos
en las manos la besaba.

CONDE.

Son costumbres de Castilla,
que es gente muy cortesana
la de esa tierra.

PEDRO.

Sí, pero...
son costumbres bien estrañas.
Y ya se lo he dicho, y sepa
si quiere vivir, que en Francia
no podemos tolerar
galanterías de España.

CONDE.

Bien dicho.

PEDRO.

Y sin duda alguna
ya sabe que mi palabra
es fiel, y desistirá.

CONDE.

¿Quién lo dudá?

PEDRO.

Solo falta...

CONDE.

Clemencia respetará
mi autoridad y mis canas,
y mas que todo, el honor
de su brillante prosapia.

PEDRO.

¡Oh! la muger no conoce
mas ley que el amor; si osada
una vez de sus deberes
llega á quebrantar la balla,
ni la contienen respetos,
ni nobleza ni prosapia.

CONDE.

Mal juzgas á las mugeres:
las hay tan nobles y honradas...

PEDRO.

¡Puede ser!

CONDE.

Y las que son
bien nacidas...

PEDRO.

¡Cosa rara!

¡Tio, tio! esas doncellas
serán hembras de otra casta
que se ha perdido en mis tiempos.
Ya se ve, cada uno habla...

CONDE.

Y no olvides que es de nobles
favorecerlas y honrarlas,
porque en nosotros recaen
sus defectos y sus manchas.

PEDRO.

¿Habeis aprendido vos
galantería en España?

CONDE.

Donde quiera los hidalgos
saben honrar á las damas
y servir las.

PEDRO.

Yo no sé
ni servir las ni adular las.
Alguna vez que he querido
con menos bruscas palabras
hablar de amor, se me hacen
diez nudos en la garganta.

CONDE.

Eso es natural, criado

en las rústicas montañas...

PEDRO.

Pero si no sé adular ,
 si en estrados y entre damas
 pigmeo y rüin parezco ,
 soy gigante en las batallas.
 No he encontrado duro hierro
 que el recio corte de mi hacha
 no haya dividido en piezas
 ó traspasado no haya.
 No hay caballero que en lucha
 singular, de espada ó lanza,
 pueda decir que salió
 de entre mis brazos con alma.
 Asi, quisiera que fuesen
 las mugeres de otra pasta,
 de hierro ó bronce, y vencerlas
 y oprimirlas y domarlas.
 Pero llorar sus desdenes ,
 pero arrastrarme á sus plantas...
 reniego yo de ser hombre
 si hay un hombre que tal haga.

CONDE.

¿ Qué puedo decirte? veo
 con dolor tu injusta saña,
 y no podré convencerte
 hasta que el amor lo haga.
 Entonces conocerás
 que ese ser débil, no hay alta
 presuncion que no corrija
 ni soberbia que no abata.
 Pero el duque viene.

ESCENA II.

DICHOS y EL DUQUE FILIPO.

FILIPO.

¿ Conde?

CONDE.

¿ Señor?

FILIPO.

Seais bien venido.

CONDE.

Como vos me habeis pedido,
y á mi lealtad corresponde,
al punto os obedecí
que me llamasteis.

FILIPO.

¿Y vos,
Pedro?

PEDRO.

De mi padre en pos
á obedeceros corrí.

FILIPO.

Conozco vuestra lealtad.
Y vuestras sobrinas? *(Al Conde.)*

CONDE.

Vienen
contentas, como que tienen
en mucho vuestra bondad.
Luego con vuestra licencia
vendrán.

FILIPO.

Descoso estoy
de verlas.—Y ¿cuál?... *(A Pedro.)*

PEDRO.

Yo soy
el esposo de Clemencia.

FILIPO.

¿La mas bella de las dos?

CONDE.

Señor, en ambas apura
sus tesoros la hermosura.

FILIPO.

¿Tan bellas son? ¡vive Dios!
Serán el mejor ornato
de mi corte, que no ignoro
que no es el menor tesoro
de sus prendas el recato.

CONDE.

Lejos del mundo criadas,
con tierna solicitud,

son por su porte y virtud
modelo de recatadas.

PEDRO.

(Dios lo quiera.)

FILIPO.

Venturoso
mil veces puedo llamar
á quien le es dado alcanzar
la dicha de ser su esposo.

PEDRO.

Señor...

FILIPO.

Hoy he de colmaros
de honores...

CONDE.

¡Oh! ¡tanta gloria!

FILIPO.

Me traeis á la memoria
recuerdos para mí caros.
Compañero de mi infancia
fue el conde Nevers; el hombre
cuyo valor y renombre
dieron mas lustre á la Francia.
Siempre á mi lado, partió
gloria y peligro conmigo,
y mas que vasallo, amigo,
mi vida una vez salvó.
A mi lado fué tambien
cuando de morir seguros
volamos ante los muros
de la gran Jerusalem;
y una y otra vez y ciento,
en propias tierras y estrañas,
admiró con sus hazañas
á los de mas ardimiento.
¡Oh! ya que no pueda honrar
de otro modo su memoria,
los que heredaron su gloria
sus premios han de heredar.

CONDE.

Jamás desagradecidos
nos hallareis; permitid...

FILIPO.

Cumplimientos remitid,
entre amigos tan queridos.
Ahora, conde, solo os ruego
que me lleveis donde estan
Clemencia y Blanca.

CONDE.

Tendrán
mucho honor...

FILIPO.

Partamos luego.

ESCENA III.

PEDRO, *solo*.

¡A Dios gracias! ¿Que no pueda
mi indomable condicion
respirar en esta atmósfera?
voto á... sofocado estoy.
Altas y alegres montañas
cuyo risueño verdor
dilataba dulcemente
las fibras del corazon,
tristes paredes sombrías
de mi torre de Saint-Paul
donde el amor de una madre
mi noble cuna meció;
¿ya no he de volver á veros?
renunciaré, ¡voto á bríos!
á mis hermosos recuerdos,
á mis pasatiempos... ¡no!
¡Clemencia no me ama! ¡acaso
á ese hidalgo... tiene amor!
¡Oh! ¡yo me irrito!...—Sin duda
es justa mi indignacion.—
Y porque ella no me quiera,
porque á otro prefiera, yo
que tampoco la amo, ¿dejo
que me domine el furor?
No sé... no sé por qué causa,
qué sentimiento ó razon,

me imaginó esa ventura ,
 en poder de otro , mayor.
 ¡Vanidad! ; no es otra cosa!
 ¡yo esclavo de una pasión
 tan insensata! — ¡Clemencia!
 No , no... tan necio no soy.
 ¡Maldito si me comprendo!
 Pero si quisiera Dios
 que la amase , moriría...
 Aquí viene el español.

ESCENA IV.

DICHO, GUTIERRE Y GIRON.

GIRON.

Este es el primo.

GUTIERRE.

En efecto.

(D. Gutierre hace una profunda reverencia á Pedro , y este le contesta con otra fria y desaliñada.)

GIRON.

Ya ves si se indigestó
 con la escena del castillo.

PEDRO.

Me irrita este hombre: estoy por...

GUTIERRE.

De provocarle al combate
 quisiera alguna razón.

GIRON.

Tambien el monsieur es gallo
 segun parece.

PEDRO.

Me voy
 por no dejarme arrastrar
 de mi imprudente furor.

ESCENA V.

DICHOS, *menos* PEDRO.

GUTIERRE.

¿Qué te parece?

GIRON.

Que es hombre
de trazas...

GUTIERRE.

No quiero yo
decir eso. ¿No parece
que me mira con rencor?

GIRON.

Y hablando en plata, ¿no crees
que tenga alguna razon?

GUTIERRE.

Será fuerza que riñamos.

GIRON.

Eso, como tres y dos...

GUTIERRE.

Le mataré.

GIRON.

Allá veremos.

GUTIERRE.

¿Dudas tú de mi valor?

GIRON.

No es eso; no: pero nunca
te he visto tan baladron.

GUTIERRE.

Es que el odio que me inspira,
me da fuerzas... qué se yó;
pero si á lidiar saliera,
por vida...

GIRON.

Tente, señor,
y no des voces, que vienen...

GUTIERRE.

¿Es Clemencia?

GIRON.

Las des son,

y el Duque á lo que parece
viene hablando con Saint-Paul.

ESCENA VI.

DICHOS, BLANCA, CLEMENCIA, EL DUQUE FILIPO Y EL CONDE.

FILIPO.

¿Quién es ese caballero?

CLEMENCIA.

¿Ves cómo vino? (*Aparte á Blanca.*)

CONDE.

Si quiere

V. A. que le llame...

FILIPO.

Si tal, decidle que llegue.

CONDE.

Hidalgo, el duque reinante
de Borgoña, está presente.
(Es el español.)

GUTIERRE.

Señor,

aguardaba á que quisiese
vuestra bondad recibirme.

FILIPO.

Vos sois á lo que parece
extrangero de estos reinos.

GUTIERRE.

Si soy.

FILIPO.

Con ventura llegue.

GUTIERRE.

Hidalgo soy en Jaen,
y cien lugares me ofrecen
obediencia.

FILIPO.

¿Español sois?

Bien venido otras mil veces.

¿Qué hay de guerras?

GUTIERRE.

Se repiten

los triunfos y los reveses.

En Archid fué derrotado
 Sotomayor el Maestre
 de Alcántara: allí murió
 toda la flor de su gente.
 El hidalgo Perafan
 de Rivera, el bravo siempre
 Diego Monroy, Martin Chaus,
 tan joven como valiente,
 catorce comendadores
 y hasta doscientos ginetes,
 víctimas de una celada,
 allí encontraron la muerte.
 En cambio, Diego Manrique
 el Adelantado, vence
 al moro y á escala vista
 entra en Huesca con su gente.
 Fernan Alvarez, Señor
 de Valcorneja, el alférez
 de Cazorla y otros pocos
 de espíritu tan valiente,
 á los moros de Guadix
 derrotan, matan y prenden,
 y aunque con cuádruples fuerzas
 se retiran los infieles.

FILIPO.

Ella es gente pertinaz.

GUTIERRE.

Noble señor, ella es gente
 que ha de costar harta sangre
 antes que á mi patria deje.

ESCENA VII.

LOS MISMOS Y PEDRO.

PEDRO.

(¡ Aquí este hombre !)

GIRON.

(Ya en campaña
 está el bravo matasiete.) (*Aparte á Gutierre.*)

FILIPO.

¿Y á qué fué vuestra venida?

GUTIERRE.

(Me alegro, que está presente.)
Traigo una empresa, señor,

PEDRO.

¿Empresa de armas?

GUTIERRE.

Se entiende.

FILIPO.

Yo os daré campo y seguro.

PEDRO.

Y yo, si me lo concede

V. A. lidiaré...

CONDE.

¡Detente, Pedro, detente!

Señor, motivos injustos
impulsan á D. Gutierre
de Quejada, para dar
á mi hijo Pedro la muerte.
No es una empresa de hidalgos,
no es un juego de armas este,
es una venganza injusta
cuya causa oculta tiene.

Ya sé Gutierre Quejada
que sois tan mañero y fuerte
que os dan renombre en Castilla
entre todos de valiente.
Pero hablad...

PEDRO.

¡Padre! ¿no veis
que así mi decoro ofende
vuestro temor? ó dudais
de mí, ¡voto á brios!...

FILIPO.

Gutierre,
¿es cierto lo que asegura
el conde? ¿entraís al palenque
por una oculta venganza?

GUTIERRE.

No os lo negaré aunque os pese.
Tenia sed de su sangre,
ansiaba, señor su muerte,
porque me roba una dicha

porque suspiro.

CLEMENCIA.

¡Imprudente!

FILIPPO.

¡Entiendo! no es una empresa
ni una justa lo que quiere
vuesa merced.

GUTIERRE.

Un combate
con lanza y hacha y á muerte.

CLEMENCIA.

¡Esperad!

CONDE.

¿Qué vas á hacer?

CLEMENCIA.

No seré yo ciertamente
la causa de este combate,
caballero, respondedme.

GUTIERRE.

¿Qué puedo deciros?

PEDRO.

Basta,
y sea el motivo el que fuere,
una vez retado, nadie
puede al combate oponerse.

CLEMENCIA.

Mas, si el señor castellano
consintiera en retraerse...

GUTIERRE.

Eso nunca.

CLEMENCIA.

Ved hidalgo
lo que haceis, que de esa suerte,
mas que mi amor, conseguís,
mi aborrecimiento.

PEDRO.

Cesen
vuestras súplicas, señora,
que es muy noble D. Gutierre
para que olvide su honor
y el agravio que me debe.

GUTIERRE.

Vuestro soy.

PEDRO.

Ya veis, Clemencia,
que es inútil oponerse.

GUTIERRE.

Aunque os perdiera, señora,
y aunque perdiera mil veces
la vida, que por ser vuestra
de mas valor me parece,
ya es tarde para dejar
nuestro combate pendiente.
Juzgaránlo cobardia,
y en esto mi honor padece,
y aunque os adoro, el honor
para mí es sagrado siempre.
Aborrecedme, en buen hora,
y si mi desdicha quiere
que me olvideis, no será
porque mi amor lo merece.

FILIPÓ.

Conde, tal vez de Clemencia
para este enlace solemne
violentais la inclinacion.

CONDE.

Señor, no sé cómo puede
haber en ella ese amor,
guardada en mi casa siempre.

FILIPÓ.

Hablad, Clemencia, ¿qué es esto?
Si opresores y crueles
os violentaron, mi amparo
vuestra inclinacion protege.

CLEMENECIA.

¡Es verdad, señor! dos años
hace ya, que en duras redes
presa, conocí al hidalgo
á quien amé ciegamente.
En blanda correspondencia
asi pasaron tres meses,
en que por señas se hablaron
nuestras almas solamente.

Pero esclavo mi albedrio,
 tuvo al fin que someterse
 al interés ó al capricho
 pertinaz de mis parientes.
 Esta es la fatal historia
 de mis desdichas: si puede
 vuestra bondad remediarlas,
 el duelo estorbad presente.
 Que he de llorar de cualquiera
 de los dos la horrible muerte,
 y no ha de ser que mi mano
 un negro homicidio premie.

FILIPO.

Sin que retire su empresa
 el español, ni es decente
 ni honrado, que estorbe yo
 la lucha que los dos quieren.

CLEMENCIA.

Pues bien, si solo es preciso,
 caballero, que yo os ruegue...

PEDRO.

¡Clemencia!

CLEMENCIA.

No interrumpais.

PEDRO.

Si cobarde retrocede
 ante el peligro, yo no...

GUTIERRE.

Quien tal infamia en mí piense,
 miente mil veces.

FILIPO.

¡Hidalgo!

GUTIERRE.

He dicho, señor, que miente.

PEDRO.

Eso digo yo tambien,
 y vos haceis que me alegre
 de encontrar un enemigo
 con quien tan honrado quede.
 Vencido, seré dichoso,
 y si mi fortuna os vence,
 este, entre todos, será

el mejor de mis laureles.

GUTIERRE.

Antes me habeis ya vencido
con palabras tan corteses.

PEDRO.

Adios, hidalgo, esa mano
dejad que en mi mano apriete.

GUTIERRE.

¡Adios! (por Cristo que es duro.)

PEDRO.

(¡Pardiez! ¡gran pujanza tiene!)

ESCENA VIII.

LOS MISMOS *menos* PEDRO.

FILIPO.

En cuanto su señoría
de mi proteccion tuviere
necesidad, lo tendrá
como hidalgo y como huesped.
De mis armas y caballos
escoja los que quisiere,
que en vuestro poder, no dudo
que con honra y gloria queden.
Pedidme alguna merced.

GUTIERRE.

En este instante solemne, (*Aparte á Filipo.*)
una sola os pido.

FILIPO.

¿Cuál?

GUTIERRE.

Que el vencedor, sea quien fuere
por premio obtenga la mano...

FILIPO.

Haré cuanto en mí depende.
Seguidme, conde.

(*Al partir, saludan á D. Gutierre, quedándose detras Clemencia.*)

GUTIERRE.

(*Aparte á Clemencia.*)

¡Sois mía!

no temais.

CLEMENCIA.

¡Al cielo plegue!

Mas de ese modo, no hareis
sino afligirme y perderme.

ESCENA IX.

GUTIERRE y GIRON.

GUTIERRE.

Venturoso soy Giron:
con el frances por fin lidio.

GIRON.

Perdona si no te envidio
la suerte.

GUTIERRE.

¿Por qué razon?

GIRON.

Entrar en estrema lid
con ese fiero arrogante...

GUTIERRE.

Contra Goliath el gigante,
niño aún luchó David,
y esta entre todas sus glorias
fué sin duda la mayor,
la mas alta.

GIRON.

Yo, señor,
no sé palabra de historias.
Mas por razon natural...

GUTIERRE.

¿Qué importan esos extremos?
Si es gigante, allá veremos...
uno y otro me es igual.
Antes cumple mis deseos
si es como dicen valiente,
que mi valor no consiente
que solo venza pigmeos.
Y aqui será grande hazaña
de mas colmado interés,
el fiero orgullo francés

domar con hierro de España.
 Ea, Giron, ¡fuera miedo!
 yo corro como á una fiesta.
 Cumple tu deber y apresta
 mi armadura de Toledo.
 Gran brazo habrá menester
 para penetrar por ella,
 y si hace en mis carnes mella
 seguro esté de vencer.
 Mas si la hiciera pedazos,
 aun verá que no es bastante
 para que escape el gigante
 de entre mis membrudos brazos.

GIRON.

Amen, mil veces felice
 si así fuere.

GUTIERRE.

Sí, Giron,
 me lo dice el corazon
 y el alma me lo predice.
 Hay una voz de los cielos
 que grita en el pecho mio,
 y luego me prestan brio
 una pasion y unos celos.
 Valor, Gutierre, valor,
 pues decidido está ya...
 ¡no temas! tuyo será
 el premio del vencedor.
(Vase, y detras Giron.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

El teatro representa el mismo salón del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE. PEDRO.

CONDE.

No, Pedro, no desconfío
de tu valor. Eso fuera
en mí delito, que he sido
testigo de tus proezas.
No quiero de ningún modo
hacerte tan grave ofensa,
pero tampoco que olvides
el valor de la prudencia.
Don Gutierre es caballero
que fama en Castilla lleva
de bizarro, y sobre todo
es muy grande su destreza.
Yo que con disgusto veo
cuánto tu rencor te ciega,
quiero advertirte...

PEDRO.

Señor,
quede todo por mi cuenta.
Si él es diestro, yo soy firme:
si él es viento, yo soy piedra;
y antes que logre rendirme
le convertiré en pavesas.

CONDE.

No quiero desanimarte:
obra, Pedro, como quieras;
pero tan grande enemigo
mal haces si le desprecias.
Acostumbrado á estas lides,
endurecido en la guerra,
tiene opinion de valiente...

PEDRO.

A Francia vino á perderla.

CONDE.

Diestro en arrojar la lanza,
la despide con tal fuerza,
que á veinte pasos la clava
hasta el cuento con la tierra.
Mil caballeros franceses
que con hidalgas empresas
fueron á Castilla, á voces
su grande valor confiesan.

PEDRO.

¿Quereis que desista?

CONDE.

¿Yo
hacerte puedo esa ofensa?
Quiero que con precaucion
combatas; que no arremetas
con ceguedad.

PEDRO.

Yo lo haré;
mas si le alcanza mi diestra...

CONDE.

Hiere sin piedad.

PEDRO.

Entonces
he de convertirle en piezas.

CONDE.

Adios. Yo voy al balcon
del duque.

PEDRO.

¿No irá Clemencia?

CONDE.

Preciso.

PEDRO.

Seré invencible
si celes y amor me alientan.

ESCENA II.

PEDRO, *solo*.

Por mas que mi corazon
ráfagas de valor muestra,
un doloroso presagio
me anonada y desalienta.
¡Si me venciese! animado
por sus miradas risueñas,
¿qué valor hay en el mundo
que al favorecido venza?
Mas yo, que al torbo desprecio
de mi adorada belleza,
pienso que voy á verter
mis lágrimas las primeras...
¡Oh! no... este amor me afemina,
me acobarda... salga fuera
de mi corazon; seamos
hombres otra vez. Mas ¿quién llega?

ESCENA III.

DÍCHO y CLEMENCIA.

PEDRO.

¡Clemencia!

CLEMENCIA.

¿No me esperabas?

PEDRO.

Antes pensaba que fuera
tan injusto tu rencor
que esquivaras mi presencia.

CLEMENCIA.

Mal me juzgas.

PEDRO.

¿Qué me quieres?

CLEMENCIA.

Vengo á pagarte la deuda
de tu amor.

PEDRO.

¿Qué dices?

CLEMENCIA.

Pero
que renuncies hoy es fuerza
á ese combate.

PEDRO:

Imposible.

CLEMENCIA.

Si un sacrificio me cuestas,
¿no ha de deberte ninguno
quien te prefiere á sí mesma?

PEDRO.

¿Qué bien con las esperanzas
desdenes y agravios mezclas!

¡Oh! por fin conseguirás
que el corazon te aborrezca.

¿Tu amor sacrificas? solo
tu mano me das en prenda
de mi pasion; pero el alma
en otra parte le dejas.

¡Oh! y qué bien tu sacrificio
grande y terrible, ponderas...

¿y por qué?... porque le amas,
y porque perderle tiemblas.
Pero llorarás su muerte...

CLEMENCIA.

¿Y la tuya?

PEDRO.

¡A Dios pluguiera!

Mas no, Clemencia, él dará
á mi brazo fortaleza.

CLEMENCIA.

Te aborreceré.

PEDRO.

No importa.

CLEMENCIA.

No seré tuya.

PEDRO.

Ni agena.

CLEMENCIA.

Un convento para mí
mañana abrirá sus puertas.

PEDRO.

Allí no me darás celos.

CLEMENCIA.

Pero postrada en la tierra
pediré venganza á Dios
de la sangre que tú viertas.

PEDRO.

Adios: se acerca la hora.

CLEMENCIA.

¿Nada te ablanda?

PEDRO.

Me esperan.

CLEMENCIA.

Pues bien, mil veces maldito
aquel que matando venza.

ESCENA IV.

CLEMENCIA, *sola*.

¿Mis súplicas no le importan,
mis sacrificios desprecia!
Yo que de su honor en pago
mis esperanzas le diera...
¿Mas qué valen con los hombres
nuestros sacrificios?—Necia,
que juzgaba que á su orgullo
su pasión antepusiera!
No me ama, no: de otro modo,
¿qué le importaran las ciegas
preocupaciones que el mundo
como altas leyes venera?
Veré á don Gutierre, y si él
también mi llanto desprecia,
ya lo he dicho; de un convento
se abren para mí las puertas.

ESCENA V.

CLEMENCIA. DON GUTIERRE y GIRON.

(Don Gutierre viene completamente armado, y Giron traerá su escudo y lanza.)

CLEMENCIA.

Don Gutierre, el cielo ha sido
quien os trajo.

GUTIERRE.

Mi señora.

CLEMENCIA.

Sí, mis súplicas ha oído,
porque blando á mi gemido
oigais á la que os implora.

GUTIERRE.

¿De qué nace el sentimiento
que noto en vos?

CLEMENCIA.

Esta pena
que dentro del alma siento,
me desgarrá y me condena
á morir en un convento.

GUTIERRE.

¿Quién tal dice? me ofreció
el mismo duque...

CLEMENCIA.

No importa.

GUTIERRE.

¡Confuso estoy! ¿por qué no?

CLEMENCIA.

Nuestra ventura fue corta.

GUTIERRE.

¿Quién puede oponerse?

CLEMENCIA.

Yo.

GUTIERRE.

No os entiendo.

CLEMENCIA.

Bien podeis.

En ese combate horrible
 ó ya murais ó mateis,
 nuestro enlace es imposible,
 y por siempre me perdeis.
 Si no probais vuestra lanza,
 ya sé que estais deshonrado,
 y no trueca su venganza
 el orgullo de un soldado
 por una necia esperanza.
 ¿Qué vale mi amor? ¿qué vale
 que una insensata pasión
 por mis labios se resbale,
 mientras al triunfo no iguale
 de romper un corazón?
 Venturoso el que su afán
 logre mas diestro ó mas fuerte,
 que todos le aplaudirán,
 y acaso celebrarán
 del mas infeliz la muerte.

GUTIERRE.

¿Qué puedo hacer ni deciros?
 ¿qué razón os podré dar,
 Clemencia, después de oiros,
 si vuestros hondos suspiros
 vienen aquí á resonar?
 El mundo que nos sentencia
 aprobó esta ley, señora.

CLEMENCIA.

Pero es barbarie, es demencia.

GUTIERRE.

Vuestro corazón lo llora...

CLEMENCIA.

¡Oh! sí.

GUTIERRE.

Porque sois Clemencia.
 Porque del mundo apartada,
 en el corazón profundo
 de aquella prisión guardada,
 comprender no podeis nada
 de las maldades del mundo.
 Mucho os ensalza y sublima
 esa tímida inquietud

que el corazon os lastima,
 y que fecunda y anima
 vuestra celestial virtud.
 Pero todos no podemos
 ser tan grandes como vos,
 y en estos duros extremos
 hácia el honor nos volvemos
 volviendo la espalda á Dios.
 Porque estamos apegados
 á la maldad de la tierra
 donde fuimos educados,
 y el estrago de la guerra
 es el dios de los soldados.
 Y ¡ay triste del que lo olvide
 y una sola vez cobarde
 clemencia al contrario pide.
 Esta es la ley que nos mide
 y para olvidarla, es tarde.
 Ya veis que vuestro desvelo
 imposible es de calmar:
 asi lo dispone el cielo.

CLEMENCIA.

Pero sin muerte, ese duelo
 ¿no lo podreis acabar?
 O derramareis ingrato
 esa sangre que es la mia?

GUTIERRE.

No, de matarle no trato,
 porque en él, Clemencia, acato
 vuestra noble gerarquía.
 Y aunque me espongo á morir
 empleando en mi defensa
 mis fuerzas, y no en herir,
 júroos que no ha de sufrir
 en este combate ofensa.

CLEMENCIA.

¡Juradlo! (¡Dios soberano!
 al fin encontré una luz
 en este terrible arcano.)

GUTIERRE.

Os lo juro, con la mano
 sobre esta sagrada cruz.

(Poniendo la mano sobre la cruz de la espada.)

CLEMENCIA.

Dios no dejará que muera
quien tan noblemente obra.

GUTIERRE.

Y si así lo permitiera,
á mí, serviros me sobra
y otro premio no quisiera.

CLEMENCIA.

Pero... te defenderás.

GUTIERRE.

Sí, que defendo una vida
que por tu amor tengo en mas.
Pero si mi hora es cumplida...

CLEMENCIA.

¿Qué dices?

GUTIERRE.

Me llorarás.

CLEMENCIA.

¡Gran Dios! acaso por mí,
mártir de su noble accion...

*(Se oye un clarín y se ven aparecer en la galería dos
caballeros armados, que se supone son los padrinos de
Gutierre.)*

GUTIERRE.

Me esperan.

CLEMENCIA.

Gutierre, sí...
parte, pero vuelve.

GUTIERRE.

Así
me lo anuncia el corazón.

ESCENA VI.

CLEMENCIA, *sola.*

¡Salvadle, señor, salvadle!
Pero vos sois justiciero,
y al más noble de los dos
del triunfo dareis el premio.
Y tú, santísima Madre
del pacífico Cordero,

con tu manto protector
 cúbrele , yo te lo ruego.
 No por noble y generoso
 perezca mi caballero,
 que contra la virtud fuera
 terrible y fatal ejemplo.
 Haz que venza el que no quiere
 manchar en sangre su acero,
 para que le llame mio
 y se colmen mis deseos.

(*Pausa.*)

¡Aun no se oye la señal!
 luchando con mil recelos
 el tímido corazon
 tiembla azorado en mi pecho.
 Aun no...

ESCENA VII.

CLEMENCIA. BLANCA.

BLANCA.

¡Clemencia!

CLEMENCIA.

¿Quién es?

¡Hermana!

BLANCA.

Tiembblas.

CLEMENCIA.

¡Ay! temo.

BLANCA.

Aun no ha empezado el combate.

CLEMENCIA.

No... nada se oye.

BLANCA.

Pero

no tardará en escucharse
 el clarín.

CLEMENCIA.

Temblando espero.

(*Se oye tocar un clarín.*)

BLANCA.

¿Oyes?

CLEMENCIA.

Sí, triste de mí.

BLANCA.

No temas...

CLEMENCIA.

Llegó el momento
fatal.

BLANCA.

Corro á ver...

CLEMENCIA.

No vayas.

A esos combates cruentos
no se acostumbren tus ojos.

BLANCA.

Pero dudar...

CLEMENCIA.

Es lo menos.

La duda, Blanca, es en mí
el menor de los tormentos.

(Se oyen gritos desde fuera.)

BLANCA.

¿Qué será?

CLEMENCIA.

Sin duda, alguno
de los dos...

BLANCA.

Escucha.

CLEMENCIA.

¡Muerto!

¡Muerto, Dios mio!

BLANCA.

Quién sabe.

Pero alguien se acerca.

CLEMENCIA.

¡Cielos!

ESCENA VIII.

DICHAS y EL CONDE, *pálido y desencajado*.

CLEMENCIA.

¡Es el conde! ¿qué me anuncia
ese semblante siniestro?

CONDE.

Tu ventura y mi desdicha.

CLEMENCIA.

¿Qué decís?

CONDE.

¡Vencido, muerto
tal vez!

CLEMENCIA.

¡Oh! no lo creais:
es imposible.

CONDE.

En el suelo,
exánime, ya tal vez
exhala el postrer aliento.

CLEMENCIA.

¿Cómo es posible que así
un hidalgo, un caballero,
se olvide de sus palabras
y quebrante un juramento?

CONDE.

Tú has sido la causa, tú,
vívora cuyo veneno
se ha derramado en la sangre
del que te abrigó en su pecho.
Por tí se cubren mis canas
de luto; por tí de acerbo
pesar, en mi corazón
cae el doloroso peso.

Pero estos son, de tu amor
insensato, los extremos.

¿Qué importa que sufra y llore
sus tristes ansias un viejo,
con tal que consigas tú
realizar tus devaneos?

¿qué importa que cuesten sangre
ni la vida de tus deudos?

Pero no te gozarás
en el tranquilo embeleso
de esa pasión criminal.

CLEMENCIA.

Perdon.

BLANCA.

¡Callad! yo os lo ruego.

CONDE.

No, te maldigo, y maldigo
tu amor. No tengas sosiego,
ni mas paz que la que dejas
en el alma de este viejo.

CLEMENCIA.

No mas, señor: renunciar
á esa pasión os prometo.

CONDE.

Es tarde ya: gózala
en buenhora; pero el cielo
sabrà premiar tus delirios
con hondos remordimientos.

¡Déjame! voy á estrechar
los frios y nobles restos
de aquel hijo, que era solo
de mi vejez el consuelo.

(Al irse, vuélvense á oír los gritos.)

CLEMENCIA.

¿Qué voces?...

CONDE.

¡Ah! ¿no lo sabes?

BLANCA.

¿Oís?...

CONDE.

Indignado el pueblo,
la muerte del español
á voces está pidiendo.

CLEMENCIA.

¡Infames!

CONDE.

Ellos me vengán:

CLEMENCIA.

¿Y deben vengaros ellos?
¡Quebrantar la lealtad
del seguro!

CONDE.

Véale muerto,
y lo demas no me importa.
¡Venganza, venganza, cielos!

ESCENA IX.

CLEMENCIA. BLANCA:

CLEMENCIA.

¡Engañada y maldecida!
¿Qué me resta?—Blanca.

BLANCA.

El pueblo
se apacigua.

CLEMENCIA.

Habrán vengado
su enojo en el caballero.
Sí, porque nada en el mundo
me quedase, le habrán muerto.

BLANCA.

No puede ser; eso fuera
una infamia.—Pero siento
pasos... mírale.

ESCENA X.

DICHAS. EL DUQUE y GUTIERRE.

CLEMENCIA.

¡Gutierre!

*(Va á abrazarle, y de repente retrocede y le dice con
forzada indignacion.)*

¡Me engañásteis, caballero!

GUTIERRE.

¡Engañaros!

CLEMENCIA.

¿No es verdad

que vuestro contrario es muerto?

GUTIERRE.

Vive, Clemencia.

CLEMENCIA.

¡Dios mio!

GUTIERRE.

Solo al caer en el suelo
 tendido permaneció
 como tal unos momentos.
 Creyéndolo el pueblo así
 mi muerte pidió soberbio,
 avanzándose á la plaza;
 pero de repente, Pedro
 se levantó, y á mi lado
 se puso valiente y fiero.

ESCENA XI.

DICHOS. PEDRO y EL CONDE.

PEDRO.

Hidalgo, me habeis vencido,
 y postrado á vuestros pies
 lo confieso: vuestro es
 el rico premio ofrecido.
 Mucha fué vuestra lealtad
 lidiando; y pues sé que os debo
 la vida, dadme de nuevo
 vuestra mano.

GUTIERRE.

Y mi amistad.

No os ha causado en rigor
 esta accion mengua ninguna,
 que mas hizo la fortuna
 que la fuerza y el valor.

PEDRO.

Padre mio, conceded
 su enlace.

FILIPO.

Sí, noble conde:
 á vos solo corresponde
 pagarle con tal merced.

CLEMENCIA.

Sea con vuestra licencia
mi union feliz: mas, primero,
que me bendigais espero.
¿Dudais hacerlo?

CONDE.

¡Clemencia!

PEDRO.

Os lo ruego yo, señor.

CONDE.

Yo te bendigo.

CLEMENCIA.

A esos pies...

CONDE.

Levántate.—Vuestro es

(*A Gutierre.*)

el premio del vencedor.

(*Toma de la mano á Clemencia, y se la entrega á don Gutierre.*)

FIN DEL DRAMA.